

EPAMINONDAS Y SU MADRINA

Sara Cone Bryant

Había una vez en Luisiana, en América, una buena mujer que sólo tenía un hijo. Como era pobre y no podía dejarle ninguna fortuna, quiso que por lo menos tuviera un nombre importante, así es que le puso Epaminondas, que es el nombre de un general de la Grecia antigua que ganó dos célebres batallas.

El chico tenía, pues, un nombre glorioso, aunque esto no parecía importarle mucho.

Visitaba a menudo a su madrina y ésta siempre solía regalarle algo.



Un día, la madrina le dio un buen pedazo de bizcocho.

- No lo pierdas, Epaminondas -le dijo-. Cógelo bien.
- No tengas miedo, madrina –respondió Epaminondas.

Y apretó la mano con tanta de fuerza, que cuando llegó a casa no llevaba más que un puñado de migajas.

- ¿Qué es esto, Epaminondas? –le preguntó la madre.
- Bizcocho, mamá –respondió Epaminondas.
- ¿Bizcocho? ¡Válgame Dios! ¿Qué has hecho de la cordura que te di cuando viniste al mundo? ¡Qué manera de traer un pastel! Para llevar un pastel hay que envolverlo con cuidado, guardararlo dentro del sombrero, y entonces te pones el sombrero y vuelves tranquilamente a casa. ¿Me has entendido?
- Sí, mamá –respondió Epaminondas.

Unos días más tarde, Epaminondas volvió a casa de su madrina y ella le dio un trozo de mantequilla fresca para que se lo llevara a su madre.

Epaminondas envolvió la mantequilla con cuidado y la colocó dentro del sombrero. Después se lo puso y volvió tranquilamente a casa.

Era verano y el sol quemaba. He aquí que la mantequilla empezó a fundirse y a gotear por todas partes. Cuando Epaminondas llegó a su casa, la mantequilla ya no estaba en el sombrero, sino por encima de Epaminondas.

Su madre alzó los brazos al cielo gritando:

- ¡Válgame Dios! Epaminondas, ¿qué llevas ahí?

- Mantequilla, mamá –le dice Epaminondas.

- ¿Mantequilla? Epaminondas, ¿qué has hecho de la cordura que te di cuando viniste al mundo? Ésta no es manera de llevar la mantequilla. Para llevar la mantequilla hay que envolverla con hojas frescas; y, bien envuelta, la vas refrescando introduciéndola en el río de cuando en cuando, hasta que llegas a casa. ¿Me has entendido?

- Sí, mamá –respondió Epaminondas.

Cuando Epaminondas volvió a casa de su madrina, ésta le regaló un perrito muy lindo.



Epaminondas lo envolvió cuidadosamente con hojas frescas, bien envuelto, y de camino lo iba metiendo en el río una y otra vez, hasta que al llegar a casa el pobre perrito estaba medio muerto.

Su madre le miró y le dijo:

- ¡Válgame Dios! Epaminondas, ¿qué llevas ahí?

- Un perrito, mamá –dice Epaminondas.

- ¿Un perrito? Epaminondas, ¿qué has hecho de la cordura que te di cuando viniste al mundo? Ésta no es manera de llevar un perrito. Por llevar bien un perrito debes coger una cuerda y un extremo se lo atas alrededor del cuello y coges el otro extremo y vas tirando de él, así. ¿Me has entendido?

- Sí, mamá –respondió Epaminondas.

Cuando Epaminondas volvió a casa de su madrina, ésta le dio un pan recién salido del horno, un pan de barra de corteza dorada.

Epaminondas cogió una larga cuerda, ató un extremo alrededor del pan; después dejó el pan en el suelo y agarrando el otro extremo de la cuerda volvió a casa tirando de él.

Cuando llegó a casa, su madre vio lo que había en el extremo de la cuerda y dijo:

- ¡Válgame Dios! Epaminondas, ¿qué llevas ahí?
- Un pan, mamá. La madrina me lo ha dado.
- ¡Un pan! –dice la madre-. ¡Ay, Epaminondas, Epaminondas! No tienes ni pizca de cordura, ni la has tenido, ni nunca la tendrás! No volverás a ir a casa de tu madrina. Ahora iré yo, y no te volveré a explicar nada más.

Al día siguiente su madre se preparó para ir a casa de la madrina, y antes de partir le dijo al muchacho:

- Fíjate bien en lo que te voy a decir, Epaminondas. ¿Ves estos seis pastelitos que acabo de cocer? Los he puesto aquí frente a la puerta para que se enfrién. Vigila que no se los coman ni el perro ni el gato, y si tienes que salir, mira bien cómo pasas por encima, ¿eh?
- Sí, mamá –respondió Epaminondas.

La madre se puso la cofia y la manteleta, y se marchó a casa de la madrina. Los seis pastelitos se quedaron enfriándose ante la puerta.

Y cuando Epaminondas quiso salir, miró muy bien cómo pasaba por encima.

- Un, dos, tres, cuatro, cinco, ¡y seis! – dijo poniendo el pie exactamente en el centro de cada uno.

¿Y sabéis qué pasó cuando volvió la madre? Yo no, nadie me lo supo explicar, pero quizás podáis adivinarlo. Yo imagino que seguramente Epaminondas se quedó sin saber qué sabor tenían aquellos pastelitos...

(Cuento de los Estados Unidos del Sur)

En: Sara Cone Bryant. Com explicar contes. Bibliària.
S. C. Bryant figura también como autora del cuento.

Las ilustraciones son de **Mariana Ruiz Johnson** (mariaranrj.blogspot.com),
para la edición del cuento de la editorial Pictus.

SUGERENCIAS

Un cuento para disfrutar, en complicidad con Epaminondas y sus meteduras de pata. A los pequeños les podemos proponer que dibujen alguna ilustración más; con esta finalidad, añadimos a continuación una versión más espaciada del final del cuento, que sustituye la última página.

Pero este cuento también nos ha ayudado en la reflexión sobre lo que ocurre y puede ocurrir con las palabras de sabiduría. En este caso la dinámica variará mucho según la edad del grupo, el momento, el entorno en el que vayamos a servirnos del cuento. He aquí un par de ejemplos.

Puede ser un recurso muy adecuado con niños y niñas de 11-12 años, para introducir el trabajo que llevan a cabo investigando las palabras del Buda, de Jesús, de Muhammad, de gurú Nanak, etc. El cuento prepara para un trabajo de indagación e interpretación; pone en guardia ante actitudes de repetición irreflexiva de frases o ideas.

Subrayaremos la buena intención de Epaminondas: Epaminondas no pretende hacer daño, quiere hacer las cosas bien, pero "hacer las cosas bien", no significa seguir unas instrucciones al pie de la letra. Es mucho más sutil que eso. Repetir o copiar sirve de bien poco. Es necesario interpretar el sentido de las palabras, reflexionar sobre los porqués y los cómo. No hay dos situaciones iguales. Las palabras de sabios y sabias son como pistas para indagar. Y seguramente veremos que no todos las interpretamos del mismo modo. Y eso no querrá decir que estemos equivocados. Pues las pistas nos ayudan de formas distintas, ya que no nos pasan las mismas cosas . Incluso en momentos distintos podremos ver aspectos que en otro momento no habíamos visto...

Nos ha ayudado también con chicos y chicas ya más mayores, en momentos de debate sobre situaciones de violencia, exclusión o ignorancia, relacionadas con las creencias religiosas. El cuento de Epaminondas nos ha permitido tomar una cierta distancia de los hechos concretos, y abordarlos desde la reflexión sobre la necesidad de formación, de información, reflexión, autonomía personal, interés por los demás...: todas esas actitudes que posibilitan darse cuenta de la necesidad de interpretación y contextualización para poder captar la intención y el valor de unas orientaciones (de unos textos). No basta con querer hacerlo bien. Acertar no tiene que con repetir, con seguir unas pautas al pie de la letra como si se tratara de fórmulas mágicas. Se requiere madurez, una actitud indagadora, libre, comprometida, etc. Una vez más, el hecho de que Epaminondas vaya "de buena fe" facilita desplazar el debate de la crítica fácil y poner de relieve el reto que todos y cada uno tenemos planteado. Es más fácil "obedecer", seguir la tónica general, que arriesgarse a la indagación libre, a la interpretación, ...

A partir de ahí, se presentarán ocasiones (lectura de un texto, algún suceso, etc.) ante las que la sola mención de Epaminondas, el recuerdo de su falta de sabiduría, nos ahorrará muchas palabras y nos facilitará situarnos en una perspectiva de trabajo enriquecedora.

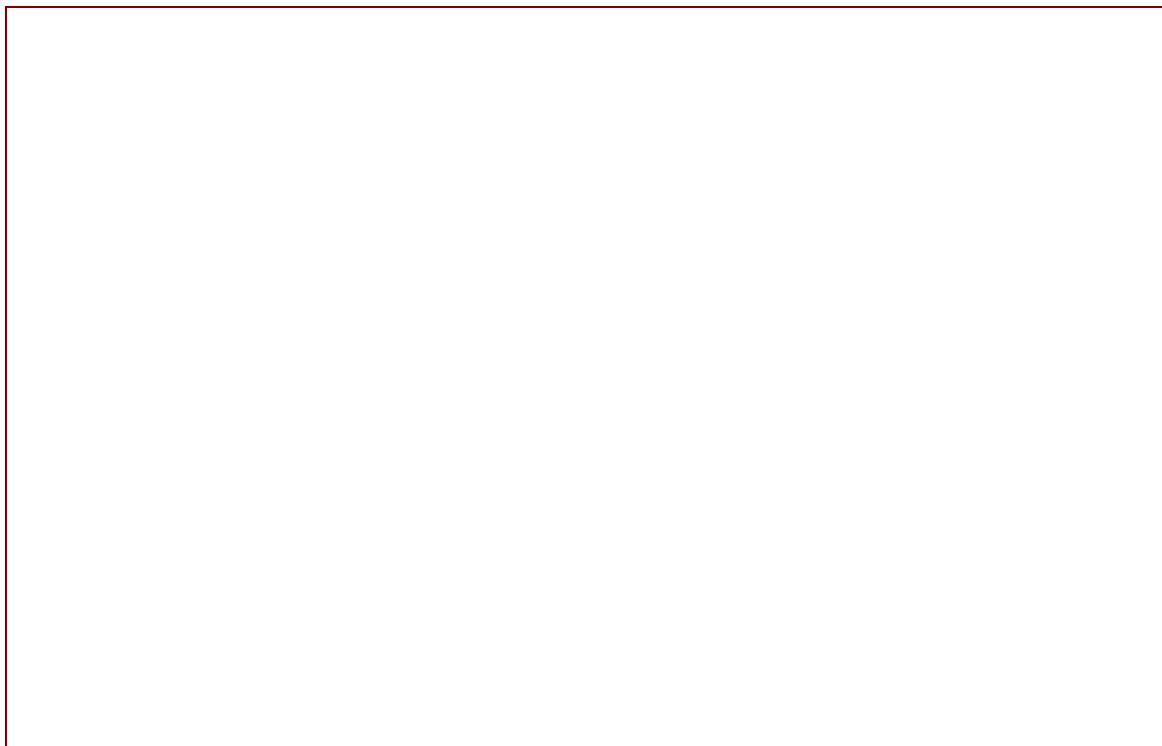
El siguiente texto de Anthony de Mello puede resultar útil para continuar tirando del hilo con los jóvenes; para continuar profundizando en el sentido de los textos de sabiduría y el uso que podemos hacer.

Tras una larga expedición, el explorador regresó junto a los suyos que estaban ansiosos por saberlo todo acerca del Amazonas. Pero ¿cómo explicar con palabras la sensación que le había embargado al contemplar las exóticas flores o los sonidos nocturnos de la selva? ¿Cómo explicar lo que sintió navegando con su canoa por rápidos y cascadas? Y les dijo: "id y descubridlo por vosotros mismos". Les dibujó un mapa del río para orientarles. Ellos cogieron el mapa y lo colgaron en la municipalidad; también hicieron copias para cada uno. Y los que disponían de una copia ya se consideraban expertos del río. ¿Acaso no conocían ya en qué lugar estaban las curvas, el ancho de los distintos tramos, su profundidad, los puntos en los que corría más rápidamente y la ubicación de las cascadas?

Anthony de Mello. *El canto del pájaro*. Sal Terrae.

Cuando Epaminondas volvió a casa de su madrina, ésta le dio un pan recién salido del horno, un pan de barra de corteza dorada.

Epaminondas cogió una larga cuerda, ató un extremo alrededor del pan; después dejó el pan en el suelo y agarrando el otro extremo de la cuerda volvió a casa tirando de él.



Cuando llegó a casa, su madre vio lo que había en el extremo de la cuerda y dijo:

- ¡Válgame Dios! Epaminondas, ¿qué llevas ahí?
- Un pan, mamá. La madrina me lo ha dado.
- ¡Un pan! -dice la madre-. ¡Ay, Epaminondas, Epaminondas! No tienes ni pizca de cordura, ni la has tenido, ni nunca la tendrás! No volverás a ir a casa de tu madrina. Ahora iré yo, y no te volveré a explicar nada más.

Al día siguiente su madre se preparó para ir a casa de la madrina, y antes de partir le dijo al muchacho:

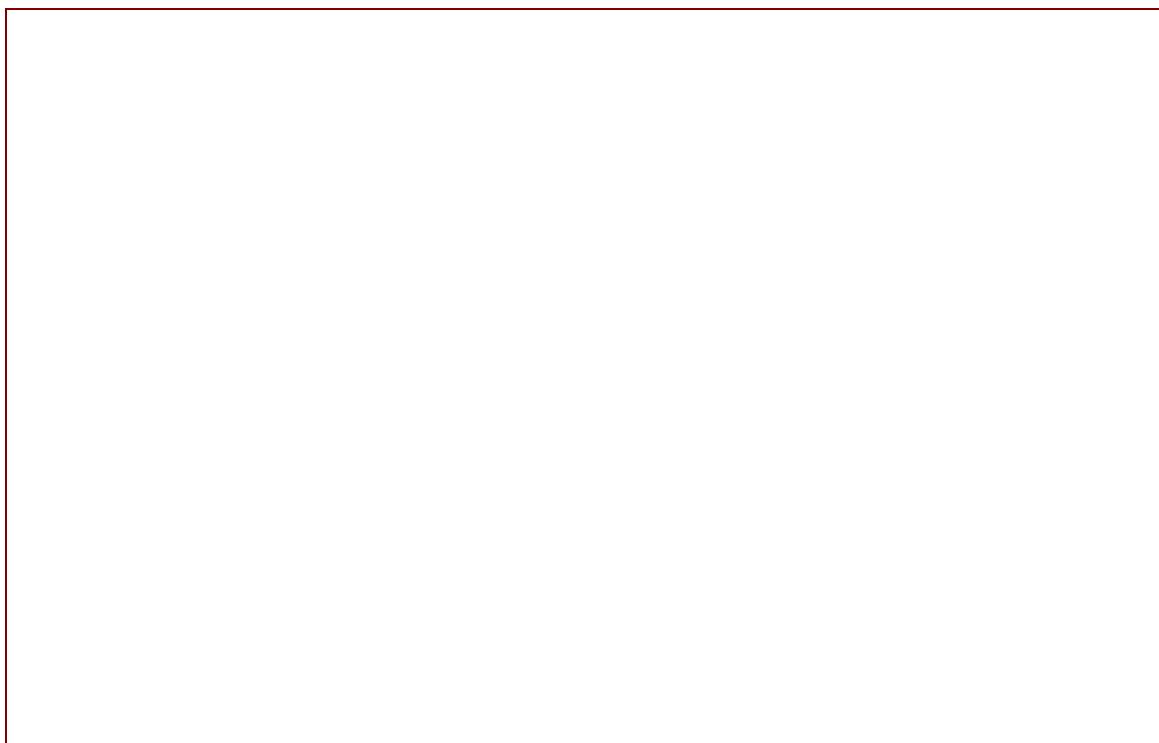
- Fíjate bien en lo que te voy a decir, Epaminondas. ¿Ves estos seis pastelitos que acabo de cocer? Los he puesto aquí frente a la puerta para que se enfrién. Vigila que no se los coman ni el perro ni el gato, y si tienes que salir, mira bien cómo pasas por encima, ¿eh?
- Sí, mamá -respondió Epaminondas.

La madre se puso la cofia y la manteleta, y se marchó a casa de la madrina. Los seis pastelitos se quedaron enfriándose ante la puerta.

Y cuando Epaminondas quiso salir, miró muy bien cómo pasaba por encima.

- Un, dos, tres, cuatro, cinco, ¡y seis! – dijo poniendo el pie exactamente en el centro de cada uno.

¿Y sabéis qué pasó cuando volvió la madre? Yo no, nadie me lo supo explicar, pero quizás podáis adivinarlo. Yo imagino que seguramente Epaminondas se quedó sin saber qué sabor tenían aquellos pastelitos...



(Cuento de los Estados Unidos del Sur)

En: Sara Cone Bryant. Com explicar contes. Bibliària.
S. C. Bryant figura también como autora del cuento.

Las ilustraciones son de **Mariana Ruiz Johnson** (mariaranarj.blogspot.com),
para la edición del cuento de la editorial Pictus.